

Basaglia, Franca

Una voz: reflexiones sobre la mujer
México, UAP, 1986. Tr. Hugo M.
Donato, presentación Dora Kanoussi

Con la lectura de este libro tenemos la posibilidad de abordar un tema que no se agota, pues a pesar de que el auge del movimiento feminista ha quedado atrás, el tema de la mujer sigue siendo de actualidad y controversia. A pesar de que la mujer ha ganado ciertos derechos (p. ej: al trabajo, al voto, a la educación), la condición de la mujer en nuestras sociedades occidentales sigue siendo de desigualdad y subordinación en relación con el hombre. Se sigue partiendo del falso principio de que la diversidad natural de la mujer es el origen de su inferioridad en todos los ámbitos de la vida asociada, estableciéndose una analogía entre diversidad natural y desigualdad social. Esta es precisamente la tesis central de Franca Basaglia quien analiza cómo, a lo largo del desarrollo de la humanidad, a la mujer se le ha concebido de muy diversas maneras (v. gr. como “virgen”, “esposa” y “mártir” y hasta “devoradora de hombres”), pero no se le ha considerado como ser humano pensante y autónomo.

El surgimiento de los primeros intentos de organización de las mujeres —explica Franca Basaglia— se da tiempo después de su incorporación a las actividades productivas en fábricas y talleres. Estos intentos se dan en el marco de las luchas del proletariado por reivindicar su condición de clase. Las mujeres que no tenían necesidad de trabajar empiezan a adquirir conciencia de la condición de encierro y subestimación

en la que habían vivido; comienzan a pugnar porque se reconozcan sus capacidades y se les considere como figura social. El primer gran paso dado en este sentido fue la obtención del sufragio. Las mujeres de Nueva Zelanda fueron las primeras en poder ejercer este derecho en el año de 1893. La lucha por el reconocimiento del voto femenino se extendió a otros países, pero este movimiento no siempre fue bien recibido, por el contrario, muchos fueron sus atacantes y muy diversos los ámbitos de donde surgieron las críticas, incluso los médicos positivistas insistieron en “proponer ‘científicamente’ la inferioridad fisiológica de la mujer deducida de análisis e investigaciones sobre su inferioridad natural en relación con el hombre” (p. 25).

Por todos los medios se trató de bloquear el trabajo femenino, esta actitud provenía no sólo de la sociedad o del grupo social en abstracto, sino de los propios hombres allegados a las mujeres disidentes (marido, padres, hermanos, etc.), ya que el reconocimiento de los derechos de la mujer obligaba a poner en entredicho la legitimidad y “naturalidad” de la condición de explotación y dependencia en que la mujer vivía, así como, el cuestionamiento del argumento de la unicidad de la función femenina. Lamentablemente, no fueron sólo los hombres quienes las atacaron, también muchas mujeres se negaron a admitir esta nueva situación que las enfrentaba violentamente consigo mismas. Se negaron a reconocer el estado de enajenación en el que la mujer había vivido, no sólo con relación a su participación social y política, sino en relación con su propio cuerpo. Ciertamente, se descubrió que las mujeres no co-

nocían su cuerpo, que no eran libres de ejercer su sensualidad; se dieron cuenta, drásticamente, de que se les había confinado a la práctica del sexo sólo para satisfacción del hombre y para la procreación.

Pasaron muchos años para que a pesar de todos los impedimentos, trabas y limitaciones, las mujeres se hicieran oír, para que surgiera el movimiento feminista. Paulatinamente se dejaron escuchar las voces de miles de mujeres que exigían se les reconociera su igualdad en relación con el hombre. Dicho movimiento no solo significó la protesta femenina a siglos de opresión y marginación, y la denuncia de un sistema patriarcal inserto en la dinámica capitalista de explotación, sino que significó, fundamentalmente, la fractura de la mujer consigo misma, pues la percepción y el conocimiento que estaba adquiriendo de sí, le permitió definir la identidad que deseaba construirse y el tipo de relaciones que quería establecer con los demás.

Varios años han transcurrido desde el auge del movimiento feminista. Si bien es cierto que hoy la mujer puede “gozar” de libertades y derechos que antes no tenía, no olvidemos que todo ello se encuentra finalmente condicionado por la situación socioeconómica concreta y por la apertura o cerrazón que las mismas sociedades vayan presentando. Aún cuando son muchas las mujeres que participan en diversos sectores de la producción, que asisten a escuelas de educación superior, que participan políticamente e inciden en la toma de decisiones de algunos sectores, los estigmas de “la mujer abnegada” y de “la madre sufrida que todos necesitan”, sigue pesando en sus concien-

cias. De la misma manera siguen existiendo condiciones de trabajo desiguales con respecto a las del hombre.

Por todo ello, el tema de la problemática de la mujer no se agota.

Es a las mujeres a quienes nos corresponde mantener viva la discusión y pugnar por la existencia de relaciones más justas.

Ma. Teresa Mira Hatch